

Daniel Ruiz

EL CALENTAMIENTO GLOBAL

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Obras de Daniel Ruiz en Tusquets Editores

Todo está bien

La gran ola

XII Premio Tusquets Editores de Novela

Maleza

El calentamiento global

DANIEL RUIZ
EL CALENTAMIENTO GLOBAL

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: octubre de 2019

© Daniel Ruiz García, 2019

Esta obra ha merecido la VI Beca del Fondo Antonio López Lamadrid de apoyo a la Creación Literaria 2019.

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-741-5
Depósito legal: B. 17.877-2019
Fotocomposición: Moelmo
Impresión y encuadernación: Black Print
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

Primera parte	
El capital humano	9
Segunda parte	
El compromiso social	101
Tercera parte	
El desarrollo sostenible	241
Coda	
El pensamiento positivo.	375

Al principio es una araña, siempre es una araña en los comienzos. De patas finas, casi hilachas, mecidas por la corriente como lánguidos gusanos afilados. Que poco a poco se estiran como la plastilina. Y entonces son más bien como venas, como surcos de pana, como arados asimétricos contemplados desde la distancia. Solo que en ese cultivo no hay nada productivo, todo es materia muerta, todo es ponzoña, residuo descompuesto, infierno hecho trizas: grumos de caries destilando su negrura sobre el horizonte.

—¿Todo bien? ¿Se ha tomado un ibuprofeno?

Mónica, siempre tan atenta y considerada.

—Sí, sí. Una Enantyum. Es lo único que me quita el dolor. Pero no se va.

Federico supera la mesa de la secretaria y enfila el pasillo. Las punzadas siguen ahí, son como un tam-tam descomunal, como los desmesurados tambores con los que los salvajes reclamaban la presencia del monstruo en la isla de Kong. Ojalá King Kong llegara y de un zarpazo le arrancara la mandíbula, piensa Federico, y se llevara consigo este puñetero dolor.

Todo cuesta hoy. También la orina.

—Hombre, Castilla.

En el hilo musical del baño suena la *Lambada*. Es una sintonía muy propicia. Hecha para Irigoyen, el Rey de la

Rumba del Departamento de Controlling. Un puñetero psicópata del control financiero. Quien vive del control necesita el control. Y marca el territorio. ¿Por qué, habiendo diez urinarios, todos vacíos, tiene que venir a mear junto al de Federico?

—Cómo vamos.

—Estoy hecho una mierda. Se supone que es la muela del juicio.

—Ahora.

—Sí, ahora.

—Un poco tarde para eso, ¿no?

Al final, claro, lo esperable: las ganas de acabar con la escena hacen que Federico no se la escurra lo suficiente, y las gotas deladoras queden allí, sobre el pantalón gris marango, como vulgares galones de su retirada.

—¿Cuándo tendrás la memoria? —Irigoyen sigue enfrentado a la porcelana, una mano en el costado, la otra entre las piernas, la cabeza levantada mirando al techo.

—Ahí vamos. —Todo cuesta hoy. También que llegue el agua caliente—. Si no hay imprevistos, para final de mes.

De regreso a su despacho, la mueca de la secretaria le resulta demasiado sobreactuada. Lo observa como quien contempla a un niño pequeño con mucha fiebre.

—Ha llamado su mujer —dice—. Para preguntar cómo iba con lo de la boca.

—Gracias, Mónica. No me pases llamadas.

Sentado en la silla, con el logotipo de Oilgas recorriendo las esquinas de la pantalla de su ordenador (lleva en modo pausa casi todo el día), Federico recuerda la conversación con Mamen de esta mañana. Tienes que aflojar con Arancha, sabes que ella te adora, pero no tiene por qué compartir tu forma de pensar. Sé que no es ella, había contraatacado él, es el soplapollas del novio. Había sido recordar

al novio, su intachable suficiencia, su imbécil e imberbe discurso, su pelambre indomable, y sentir el trallazo en la encía. Por Dios, había gritado, como un conjuro. Porque después de la segunda Enantyum del día el dolor seguía allí, obcecado, pejiquera, insistente.

Todo cuesta hoy. Le había pedido a Mónica que no le pasara ninguna llamada, que no había nada que no pudiera esperar. Pero había servidumbres que iban implícitas en el sueldo. Y cuando la secretaria le ha comunicado que quien llamaba era Martín Muniera, el director de la planta de Pico Paloma, ya sabía que el día, inevitablemente, iba a ir a peor.

—Ha sido hace un par de horas. En la BC2. Dos operarios estaban sustituyendo luminarias. No sabemos cómo, pero uno de ellos ha resbalado y ha caído al vacío. Nueve, diez metros.

—¿Muerto?

—No, de momento. Ha venido la ambulancia. Está en el Hospital Comarcal. Pero tienes que venir.

Al principio es una araña. Las patas se afilan, y poco a poco adquieren la forma de larvas. Gusanos sin ojos que con su baba espesa van manchando la superficie. Como un dolor sin escapatoria. Como un ensayo de muerte.

—Mónica. Gestióname el vuelo. Tengo que salir para Pico Paloma.

Todo está en su voz. Sobre todo cuando canta *La chica de Ipanema*. «*Moça do corpo dourado, Do sol de Ipanema, O seu balançado é mais que um poema, É a coisa mais linda que eu já vi passar.*» Es ahí donde todo encaja, alejándose de lo vulgar, elevándose hacia otra dimensión.

A lo largo del año está obligado a viajar por las diferentes plantas de Oilgas con una frecuencia que con la edad cada vez le parece más excesiva. Hoy toca Pico Paloma, la semana que viene o la siguiente Birmingham, dentro de un mes Oporto y mañana mismo quién sabe. Pero tanta tras-humancia tiene algunas compensaciones. Así, aunque lleva viniendo al Aljaraluz Costa desde hace tres años, tiene que reconocer que en los últimos nueve meses todo se ha vuelto más sencillo en este destino. Nueve meses, quién lo diría: parece que fue ayer cuando, en una de sus terapéuticas visitas nocturnas al piano bar del hotel, tras la cena, se topó por primera vez con ella, con la *garota* de Ipanema, con su voz y su desmayante cuerpo en medio de la diminuta pista, coloreado por la estridente iluminación de un cañón de luz. Y ahora que vuelve a verla sobre el escenario, mientras el barman le sirve un whisky, siente que, de algún modo, todo encaja otra vez, todo se recompone y vuelve a ser como debe.

Nada más llegar a Pico Paloma, después de alquilar el coche en el aeropuerto —un Maserati GranCabrio de color negro: adora los coches italianos—, había acudido al hospital. En la sala de espera se topó con algunos empleados, los distinguía por sus monos corporativos. Allí también estaba Rodrigo Tena, el director de Recursos Humanos de la planta. Fue quien le puso al corriente de los detalles: el trabajador estaba realizando trabajos de sustitución de las luminarias desde hacía varios días junto a otro compañero. No llevaba puesto el arnés reglamentario en el momento de la caída, porque el Departamento de Seguridad y Prevención estaba llevando a cabo la renovación de los equipos conforme a los requerimientos de la nueva norma ISO y en ese momento no había ninguno disponible. Federico tuvo unas ganas instantáneas de estrangular al responsable de Recursos Humanos, pero se conformó con atusarse el cabello. Cómo es posible, susurró, y por toda respuesta Rodrigo Tena emitió un suspiro. Era una evidente señal de incompetencia, inadmisibles en pleno siglo XXI. Una descomunal cagada que lo complicaba todo. Detrás del cuerpo afligido del responsable de Recursos Humanos, distinguió a la que con toda seguridad era la esposa del accidentado: en una de las sillas de plástico de la sala de espera, su cuerpo parecía como derretido, blando, una masa consumida por la tristeza, orlada por varias mujeres que le ofrecían consuelo.

—Lo siento mucho, señora. Federico Castilla, director de Responsabilidad Social Corporativa y Desarrollo Sostenible de Oilgas.

La mujer se levantó: agarró su mano y trepó hasta su rostro para darle dos besos. Un pensamiento cruel, impropio, se cruzó en su cabeza: la sensación de que a ella le resultaba atractivo. Mantuvo su mano apoyada en el hombro de la mujer, y mentalmente, no sin cierta dificultad,

recordó su nombre: Carmen. El trabajador se llamaba Miguel Ángel Mendieta. ¿O era Manuel Ángel? Se estaba haciendo viejo: cada vez le resultaba más complicado recordar los nombres compuestos.

—Sepa usted que estamos aquí para lo que necesite, Carmen —dijo, mirándola con fijeza a los ojos—. Oilgas es Manuel, Manuel es Oilgas.

—Me han dicho que está muy malito —contestó ella—. Pobrecito, mi Manuel.

Los diminutivos, proferidos con aquel tono plañidero, derrotado, lo aflojaron súbitamente: consideró que lo más natural era abrazar a aquella mujer. Inmediatamente, ella se aferró a su cuerpo, como si quisiera hundirse dentro de él. La escuchó susurrar entre sus brazos, y estuvo a punto de hacerlo, pero en el último momento lo descartó: besarle la cabeza hubiera resultado excesivo, desmesurado, teatral.

Por la mañana, después de que su secretaria le confirmase el horario del vuelo, apenas había tenido tiempo de hacer las maletas. Le pidió a Mamen, mientras conducía hacia su casa, que fuera preparándose. ¿Tres o cinco?, había preguntado ella, y esa pregunta llevaba implícita la duración del viaje. Si eran tres trajes, el viaje podría ser corto, tres o a lo sumo cuatro días. Cuando preparaba cinco trajes, el viaje podría prolongarse durante un par de semanas. Tres, había aventurado Federico.

Tres, diez, quince, toda una vida de trajes contigo, piensa en ese instante, mientras a tres metros, acariciada por las luces, la chica de Ipanema se balancea al tiempo que canta *Toda una vida*; con una mano sostiene el micrófono inalámbrico, la otra la mantiene apoyada en el órgano eléctrico en el que su compañero, un pianista metido en carnes y con una escueta coleta, se esmera con el acompañamiento.

La penumbra de las mesas ayuda a la contemplación, restándole furtividad, aunque ella, bajo los focos, se sabe observada. De hecho, nada más sentarse, lo ha mirado y, entre verso y verso de *Si tú me dices ven*, ha sonreído. Le ha parecido incluso que cantaba con más brío la canción. «Reír contigo, llorar contigo, será mi salvación», ha cantado, y a Federico una procesionaria le ha trepado por la espalda. Ahora hasta el dolor de muelas parece haber desaparecido, la combinación de la voz de la cantante con el sorbo de whisky le resulta prodigiosa, pero más prodigioso aún le resulta su aspecto, la ese serpenteante de su cuerpo de formas precisas cimbreándose al ritmo de su garganta, las lentejuelas plateadas de su vestido, que apenas le cubre los muslos, como diminutos espejuelos, inundando de esquirilas de luz el perímetro del escenario. Una pareja de ancianos sale a bailar, y por un instante la chica de Ipanema se muestra vulgar, muy bien hecho, jóvenes, jalea, y los dos jóvenes, dos septuagenarios con pinta de turistas alemanes —él, con la cara muy colorada; ella, con el pelo oxigenado, como una marioneta con excesivos lavados—, sonrían a la joven y bailan agarrados. Los abuelos se mueven con torpeza, especialmente el turista parece algo pasado de copas, en un instante incluso pisa a su mujer, y Federico siente un acceso de irritación al observar la escena, le resulta en cierto modo indigno que los dos guiris empañen así el equilibrio de la postal: el cuerpo plateado de la muchacha meciéndose ligeramente, el grotesco pianista acompañándola algo retirado de la luz, como sabiéndose impropio; el brazo fino y un tanto musculado de ella sosteniendo el micrófono, con las uñas largas —casi con seguridad postizas— a juego con el color plateado de su vestido; sus ojos cerrados cuando afronta el estribillo, concentrados en alcanzar la debida nota; en su cuello, una vena que delata su esfuerzo, sobresaliendo so-

bre un tiralíneas de pequeños músculos que denotan una actividad física más o menos regular. Pero sobre todo sus piernas, también recias, turgentes, perfectamente perfiladas y de textura escultórica.

Mañana tiene bastante que hacer: reunión con la asociación medioambiental AMPIPA, entrevista con Albertito Mesa, el responsable de Comunicación, despacho de algunos informes, la puñetera Memoria de Responsabilidad Social Corporativa que lamentándolo mucho tendrá que esperar, para fastidio suyo y para evidente alegría del idiota de Irigoyen. Pero todas esas obligaciones le resultan lejanas, inidentificables en el horizonte, un simple rumor que la chica de Ipanema mantiene silenciado con su voz y su presencia. Qué importa mañana, si ni siquiera le duele la muela. Y ahora que el camarero está retirando los vasos de la mesa vecina, le parece que llamarlo y pedirle un nuevo whisky es la cosa más lógica del mundo. Por supuesto, tomará la penúltima.